



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2016, Guillermo Fesser

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-018-3

Depósito legal: M-37.574-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: septiembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Ruedas y el enigma del Campamento Moco Tendido

Guillermo Fesser

Ilustraciones de Víctor Monigote

loqueleq



Hola, soy Ruedas. ¡Schsssss! No digas nada porque todavía no me toca aparecer en la historia, pero me he colado para contarte un secreto enorme: si entras en la página web de Anizeto Calzeta, [www.anizeto.com](http://www.anizeto.com), encontrarás vídeos, acertijos, juegos... ¡y mucho más! ¡No te la pierdas! Bueno, me voy, que empiezan las aventuras de Anizeto Calzeta.





*A Julia Fesser y Beatriz Fora,  
fuentes de inspiración de esta historia,  
con todo mi cariño.*



El semáforo se puso en rojo. El muñequito se puso en verde. Ruedas miró a ambos lados de la calle y comprobó que no se acercaba ningún coche. Nada por aquí. Nada por allá. Podía cruzar con tranquilidad. Estupendo. Fenómeno. Mejor así porque siempre le rondaba el temor de que algún motorista loco no viese a su perrillo y se lo llevase por delante. Volvía de darle un paseo a Raulito; un beagle pequeño y juguetón que era puro músculo. Y muy inquieto. Como un rabo de lagartija. Cada vez que lo sacaba a la calle, Raulito pegaba la nariz al suelo y se pasaba el día siguiendo rastros. Persiguiendo olores.

Corre que te corre. A veces tiraba tan fuerte de la correa que la silla de ruedas volaba sobre la acera y a su dueña le daba la impresión de estar practicando esquí acuático.

—Alto, Raulito —le dijo al llegar al cruce. Y Raulito se detuvo obediente—. Está bien, podemos cruzar. Ya estamos en casa.

Y entonces el perro arrancó al galope y se soltó de la cadena. «¡Eh!», le gritó la niña, pero Raulito ya no la oía. Soñaba con el pienso que siempre le aguardaba en su plato al regresar de una caminata. Y de un respingo atravesó el asfalto y desapareció por el portal.

Ruedas impulsó su silla con las manos y avanzó canturreando su canción favorita: «Rodando voy *paquííííííííí*, rodando voy *pa-lláááááááááá*, pa qué ir andando si con dos ruedas se corre mááááás...». Y de pronto, cuando apenas le faltaban un par de metros

para alcanzar con tranquilidad la otra ace-  
ra, la sorprendió el rugido de un potente  
motor que se le echaba peligrosamente en-  
cima. ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!, gritó  
la niña despavorida al escuchar el crujido de  
los neumáticos del vehículo derritiéndose  
contra el pavimento camino del inevitable  
impacto.

11

El tremendo accidente ocurrió uno de  
esos días en los que en Segovia, si no miras  
el calendario, no puedes estar seguro de si  
todavía es primavera o de si ya ha comen-  
zado el verano. Cuando por las mañanas ya  
apetece ponerse el bañador y zambullirse en  
el río pero el viento del atardecer aún trae  
olor a tormenta y aconseja ponerse una re-  
beca. Brrr. En uno de esos días de transición  
entre dos estaciones del año que siempre  
resultan confusos y difíciles de identificar.  
Porque lo que ocurre es que las condiciones

climáticas no cambian de golpe y porrazo. No. Cuando se juntan, como la mayoría de las cosas en la vida, se mezclan un poco y resulta complicado encontrar la línea divisoria.

12 Yo le he dado muchas vueltas al coco intentando descubrir si el día del tremebundo atropello aún estábamos en primavera o si ya había arrancado el verano. No te creas que no. Mi nombre es Anizeto Calzeta, detective privado de profesión y, aunque a mí me falte el pelo, me sobra dedicación. Y me dedico a investigar. Porque me gusta. Es mi trabajo y mi pasión. Pero es complejo. Enrevesado. Arduo. Lioso. Peliagudo. No es tarea nada fácil diferenciar entre dos cosas en la parte en que se juntan. Te lo aseguro, cara de canguro. ¿O es que tú serías capaz de señalar el punto exacto donde termina la espalda y empieza el trasero? Es imposible.

Unos te dirán que más arriba, otros que un poquito más abajo... Cada persona te va a apuntar a un sitio distinto. Es así. A ver quién es el listo o la lista que puede precisar, sin temor a equivocarse, el momento exacto en que se acaba el día y empieza la noche. O marcar en la arena con un palo la raya donde termina el mar y comienza la playa. Yo, desde luego, ya te confieso que no sería capaz. Y por ese mismísimo motivo, lo que ocurre es que no te puedo precisar la fecha en que a Ruedas se le echó el coche encima. ¡Madre mía!

13

Ahora bien, lo que sí he podido deducir es que el accidente se produjo en el mes de junio. Eso te lo puedo confirmar con total seguridad. Sin miedo a equivocarme. Poniendo la mano en el fuego. Y te detallaré aún más: tuvo que suceder en torno a la tercera semana del mes. Día más, día menos.

¿Por qué? Pues porque el día 21 de junio es cuando la primavera se despide de nosotros cada año, hasta luego, cara de huevo, y nos saluda de nuevo el verano, hola, qué pasa, cara de guasa. Te has quedado impresionado con mi averiguación, ¿verdad? Pues eso no es nada, ya verás.

Total, que aquella mañana soleada de finales del mes de junio, Ruedas cruzaba tan tranquila por el paso de cebrá que hay enfrente de la Casa del chaflán. Del edificio ese que no tiene esquina. Del inmueble al que le han cortado un pico para colocar en medio el portal en donde, precisamente, he instalado yo mi oficina. Ahí mismito, en la buhardilla del tercer piso, me puedes encontrar si necesitas ayuda profesional para resolver un caso peliagudo. Porque déjame decirte que, aunque yo tenga cara de huevo, soy un hombre inteligente y grandes casos

resuelvo. Vivo en un apartamento humilde, eso sí, ya te lo advierto, pero es bastante confortable. Tengo una mantita escocesa de lana para ver calentito en el sofá la televisión. Una gozada. Pero poco más, ¿eh? ¿Qué esperabas? Cuando uno es el detective más barato del mundo, obviamente no puede ganar mucha tela. Así que mi cuenta corriente está temblando en el banco. Tiritando. Casi hueca, como las muelas picadas. Pero no me importa. Lo que ocurre es que en la vida hay que tomar decisiones y yo he escogido ponerme un sueldo modesto, unas tarifas asequibles, para que todo el que necesite mis servicios me pueda contratar. De este modo gano menos plata, es cierto; pero también conozco a más gente.

15

Mi padre, que era taxista y amante del membrillo, me decía que el trabajo más interesante no es el que proporciona más

16 ingresos, sino el que más te ayuda a mejorar la vida de tus vecinos. Ya ves tú las cosas que me decía mi padre. Podría haberme dicho otras, como por ejemplo: «Anizeto, majete, mira, te he comprado una moto como premio por haber sacado buenas notas». Pero no. Él decía lo de ayudar a los vecinos y eso. Así que yo, por si las moscas moscones puesto que creo en las tradiciones, intento seguir los pasos de mi predecesor en lo que buenamente puedo. Y, de momento, he podido comprobar con orgullo que llevaba muchísima razón al menos en una cosa: ¡el membrillo está de muerte! Cortado en lonchas finitas y con queso blanco encima, se te deshace en la boca. Y, además, no es muy caro. ¡Ay, qué rico está el membrillo, por favor!

Caramba, perdona que me haya enrollado otra vez, cara de pez. Supongo que estarás deseando saber lo que ocurrió en Segovia

aquella mañana soleada. Ay, ay, ay. Lo que ocurre es que yo preferiría no acordarme. Se me ponen los pelos del bigote crespos. Rizados. Como muelles, al recordarlo. Se me saltan lagrimones del tamaño de melones. Pero tengo que narrarte la historia, o sea que allá voy. Regreso al día del accidente. Me sitúo de nuevo en el cruce que hay enfrente de la Casa del chaflán. Mi casa. Tu casa. Y la de mi querida ayudante Candela Mosto, la niña de once años que vive en el primer piso y a la que... Y a la que... Perdona, pero cada vez que lo recuerdo se me inundan los ojos de agua salada. Ay. ¡Prepárate para el sobresalto!

17

El semáforo cambió a rojo y el muñequito verde echó a caminar despacio sobre su pantalla de puntitos. 20, 19, 18..., empezaba la cuenta atrás para cruzar a salvo. Ruedas miró con precaución a ambos lados de la ca-

lle y no detectó ningún peligro. Raulito pegó un tirón que liberó la correa de la mano de su dueña y desapareció a la carrera por el hueco del portal. Ruedas avanzó canturreando: «Rodando voy *paquíííííí...*». 14, 13, 12... «Rodando voy *pallááááá...*». Iba tranquila. Le daba tiempo de sobra. Y de pronto, 9, 8, 7..., justo al dejar atrás el primer carril de coches de la calle, el rugido de un potente motor la pilló por sorpresa y le hizo girar la cabeza hacia la derecha. ¿De dónde diantres salía aquel coche? «¡¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!!!!», gritó despavorida Ruedas. Bloqueados por los frenos, los neumáticos delanteros del vehículo agresor untaron como mantequilla su goma en el asfalto dibujando dos paralelas negras sobre el pavimento. Candela se llevó las manos al rostro para no verlo. Esperaba lo peor. 3, 2, 1... ¡Cero! Pero el espeluznante chirrido cesó de pronto y

la calle se sumió en el más profundo de los silencios. Bueno, casi. Solo se escuchaba el leve zumbido de un motor al ralentí.

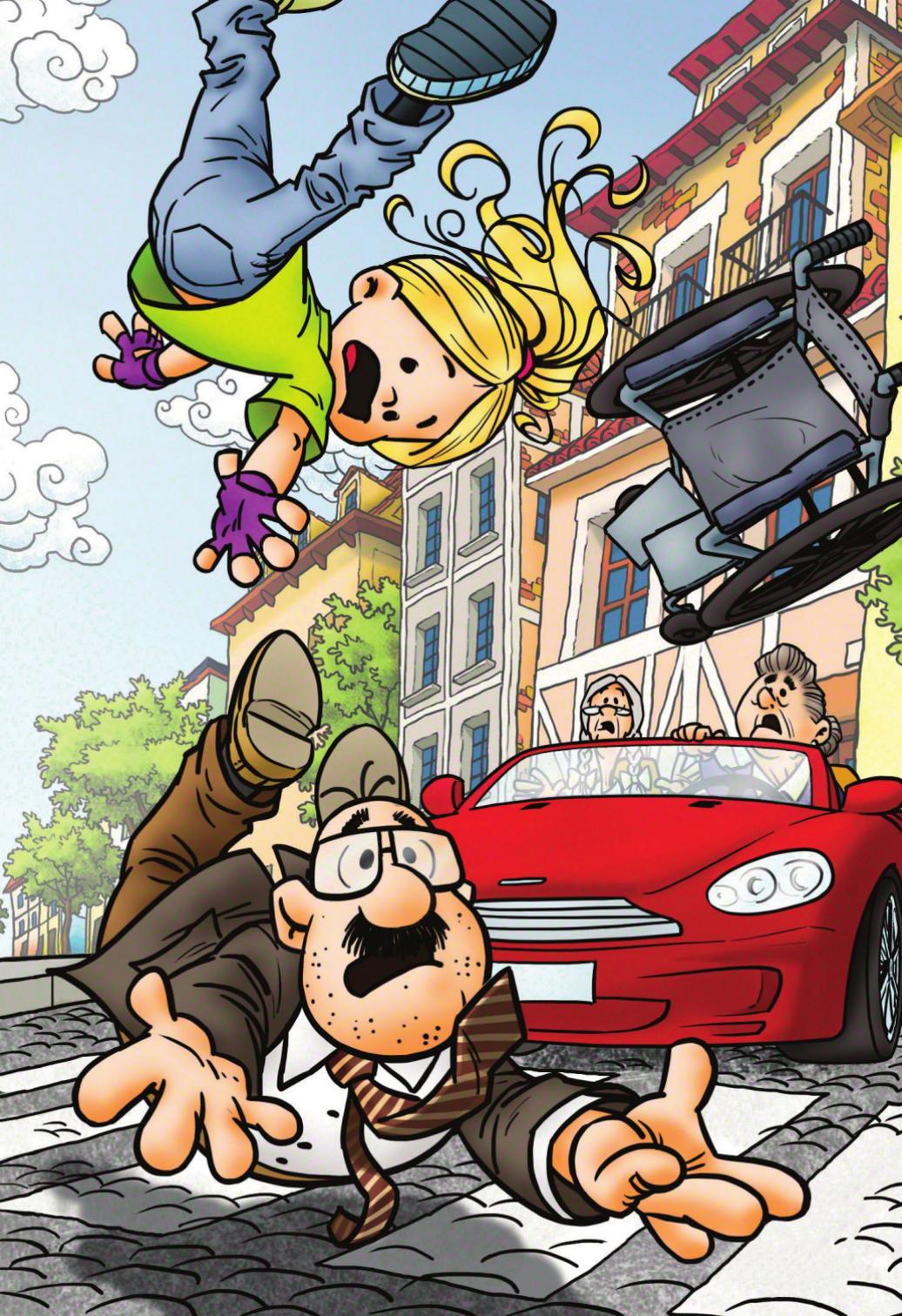
Ruedas levantó los párpados y, por el rabillo del ojo, observó que el vehículo agresor se había quedado clavado a menos de un milímetro de distancia de su silla. A una micra. Entre ella y el coche solo sobraba el espacio suficiente para que pasase una pulga. Y de perfil. No te exagero.

19

A partir de ahí, los acontecimientos transcurrieron como si hubieran sido filmados a cámara lenta. Tras el primer suspiro, Ruedas pudo ver que se trataba de un coche de superlujo: descapotable, rojo y muy moderno. Y luego, al alzar un poco la vista, comprobó estupefacta que sus ocupantes eran dos señoras mayores. Dos ancianas menudas con los pelos de punta; no sabría decirte muy bien si a consecuencia del susto

o debido a que, al no llevar capota, el viento les había removido el peinado. Pero el caso es que ambas la observaban boquiabiertas. Patidifusas. Impactadas y ojipláticas. Y así permanecieron un buen rato hasta que la que hacía de conductora, tal vez aliviada por haber conseguido evitar por los pelos la catástrofe, relajó el rostro. Lo que ocurre, y esto ya es deducción detectivesca posterior mía, es que la abuela debió de relajar también el pie y soltó el pedal del freno. ¡Ay, madre!...

El automóvil brincó con furia hacia delante. Medio metro. Lo justo para embestirle a Ruedas con la furia de un toro bravo antes de calarse definitivamente. La niña salió proyectada como una bala de cañón. Y la silla, recién comprada, nuevecita, se arañaba echando chispas contra el bordillo al arrastrarse veloz por la calzada. Era el final.



La hecatombe. De una cosa tan tremenda no se salva nadie. No hay cuerpo humano que resista una caída desde tan alto. Pero... la fortuna quiso que yo saliese en ese mismo instante por el portal de la Casa del chaflán y me coscara del problema. Escuché el impacto, vi volar a Ruedas y, en un pispás, até cabos. Tengo que salvarla, me dije, y reaccioné a toda pastilla. Tomé aire y corrí como un hipopótamo africano hacia el bordillo de la acera. Con los brazos extendidos y la mirada fija en mi asistente, que en esos momentos daba vueltas de campana por el firmamento. Involuntariamente, sí, pero con una elegancia sorprendente. Si se me permite la comparación, parecía que buceaba en el cielo. Que ejecutaba figuras acrobáticas en el aire. Ejercicios gimnásticos de gran dificultad que, al tratarse de una campeona de baloncesto y gran deportista, le salían con una

naturalidad pasmosa. Triple mortal, como los saltadores de trampolín. Doble tirabuzón, como las nadadoras de sincronizada en el agua. La postura del ángel, como los paracaidistas en caída libre. Si llega a haber en ese instante un juez deportivo en la calle, le habría concedido la máxima calificación deportiva. Nuevo récord del mundo.

23

Porque no se había visto nada igual desde que la niña Nadia Comaneci consiguiera el primer 10 perfecto de la historia en los Juegos Olímpicos.

Lo que ocurre es que yo no estaba allí para aplaudir la sincronización de sus movimientos, sino para intentar que no se espachurrara contra los adoquines de la acera. Una misión mucho más arriesgada. Y compleja, porque al moverse tanto en su vuelo, yo no atinaba a adivinar dónde diantres iba a producirse el aterrizaje. Así que Ruedas venga

24 a hacer piruetas en el espacio como una astronauta, y yo venga a seguir su trayectoria pegando zancadas en tierra como un hipopótamo. Sí, sí, has leído bien: como un gran cerdo acuático. Porque aunque veas a los hipopótamos gorditos y rechonchos, estas ballenas con patas corren que se las pelan. Bastante más rápido que los humanos. Pero muchísimo más. Ya te digo. Para que no te olvides nunca de que la apariencia engaña, cara de legaña.

Ruedas llegó a ascender tan alto en el cielo a consecuencia del impacto, que pensé que se iba a salir de la atmósfera y a entrar en órbita alrededor de la Tierra. Que iba a empezar a dar vueltas a nuestro planeta como los satélites. Cada noventa minutos una vuelta. Como las naves espaciales: a 27.400 kilómetros por hora. Ya me veía teniendo que comunicarme con ella a través de la torre de

control del aeropuerto con ese lenguaje lleno de palabrejas raras que se han inventado los aviadores. ¿Romeo Uniform Echo Delta Alfa Sierra? Delta India Mike Echo. ¿Kilo Tango Alfa Lima? Bravo India Echo November. ¿Yankee Tango Uniform, Charlie Alfa Romeo Alfa Delta Echo Hotel Uniform Echo Víctor Óscar? ATENCIÓN, CÓDIGO SECRETO SECRETÍSIMO\*.

25

El caso es que Ruedas subió, subió y subió... hasta que por fin se detuvo un instante en el vacío e inició el descenso. En picado. En caída libre. Bajaba, bajaba, bajaba... Y yo a la carrera con los brazos extendidos para recogerla al vuelo. No podía fallar. La vi venir y calculé el lugar en que impactaría. Aquí vas a posarte, me dije, justo a mi derecha.

\* Si quieres descifrar el código secreto del Alfabeto Radiofónico que he utilizado aquí, solo tienes que quedarte con la primera letra de cada palabra. Es lo que hacen los pilotos de los aviones.